

ramas verdes— consiguieron apagarlas. Menos mal que se trataba de un incendio de superficie, de esos que ocurren a ras de suelo, donde sólo se quema la hierba, los pastos, los matorrales, los arbustos y demás vegetación de tipo menor. Los perros colaboraron orinándose en cuanto árbol y arbusto encontraron.

Después de varias horas de traajo arduo, y una vez controlado el fuego, todos se sentaron bajo un árbol a recuperar fuerzas. Mientras los niños acariciaban a los perros, el abuelo se dedicó a preparar unos deliciosos emparedados con queso de cabra, jamón de cordero y tomate verde.

—Abuelo: ¿Por qué se producen los incendios forestales?
—preguntó Susana Inés.

Al tiempo que alcanzaba los bocadillos a sus nietos, el abuelo contestó:

—Mira, hija: algunas veces los incendios forestales se producen por causas naturales. Tal es el caso de las tormentas eléctricas con sus rayos y relámpagos, la radiación solar excesiva o la erupción de volcanes y los terremotos.

—Bueno, abuelo, y si no es por causas naturales, ¿de qué otra forma se generan los incendios? —preguntó Diego Alejandro.

—Por la mano del hombre. Por el uso irresponsable del fuego en la preparación de terrenos para uso agrícola. Porque las personas que pasan por aquí arrojan fósforos,



cigarrillos y vidrios que concentran los rayos solares. En ocasiones, también hacen fogatas y luego se van sin asegurarse de apagarlas bien. Finalmente, están los pirómanos.

—¿Qué son “pirómanos”?
—indagó Susana Inés.

—Susanita, los pirómanos son hombres malos que disfrutan con los incendios.

Son como el emperador

Nerón, que le prendió fuego a Roma y luego se sentó a tocar su lira. ¿Te acuerdas de la clase de Historia?

El abuelo sonrió por la adecuada respuesta que Diego Alejandro le había dado a su hermana. Mientras los chicos engullían el exquisito emparedado y los perros roían huesos de cordero, el abuelo los instruyó diciéndoles:

—Si algún día deciden vivir en la granja, deben conocer los períodos de sequía y sudoración porque este tiempo es propicio para los incendios. Cuando siembren cultivos procuren reservar áreas que sirvan como barreras cortafuegos, ya se trate de un camino para que las llamas no se pasen de una parcela a otra...



Diego Alejandro, tan pronto consumió el último bocado, preguntó a su abuelo:

—¿Los incendios hacen mucho daño a los bosques?

—¡Claro, hijo! Los incendios forestales destruyen los manantiales, pues queman la capa vegetal y la materia orgánica que sirven como esponjas para almacenar el agua lluvia que mantiene las fuentes, que a su vez alimentan a los ríos. Arrasan con la vida silvestre y con su hábitat, privándolos del alimento. El humo que produce el fuego contamina la atmósfera, y las lluvias arrastran las cenizas

de las zonas quemadas, infectando los ríos y los lagos. Como consecuencia, los peces y otras formas de vida acuática mueren. Finalmente, los incendios forestales reducen la producción industrial y agrícola porque acaban con las materias primas y alimentos vitales...

—¡Guau!... ¡Guau!... Rrrrrr... ¡Guau!... Rrrrrr... ¡Guau!...

Los perros no dejaron escuchar el discurso del abuelo. Los animales se fueron corriendo y ladrando monte abajo.

El abuelo recogió las herramientas que habían utilizado para el fuego y las empacó en las mochilas. Los chicos también se fueron corriendo detrás de los perros. No demoraron mucho en gritar, pidiendo auxilio. El abuelo se echó los talegos al hombro y salió veloz en dirección de los gritos. Unos metros más abajo encontró una situación graciosa. Perros y chicos resbalaron por una pendiente y cayeron en una charca repleta de tritones. Los perros y los muchachos hacían esfuerzos incesantes por salir del barro pero los batracios de cola aplastada se subían por todas partes y no los dejaban caminar. El abuelo, desde la orilla del pozo, muerto de risa, los animaba con gritos a salir del embrollo. Al final, al viejo le tocó meterse a la charca para auxiliarlos.

Empapados de barro hasta la coronilla y con los bolsillos repletos de batracios, prosiguieron el viaje en medio de risas y burlas. Luego de un tiempo de camino llegaron a



una planada que era cruzada por un riachuelo de aguas diáfanas. Allí se quitaron el barro y bañaron los perros. Atravesaron el afluente y se internaron en un bosquecillo en donde la vegetación era tan espesa que no dejaba filtrar los rayos solares. Era como si de pronto hubiera llegado la noche. Lo más bello del lugar era que por todas partes se veían puntos luminosos que se movían con lentitud. Por un momento, los chicos pensaron que se trataba de estrellas reflejándose en las aguas; el abuelo les aclaró que eran luciérnagas. El viejo sacó un frasco de vidrio y lo llenó con los coleópteros. Con la improvisada linterna avanzaron por entre la vegetación. Entonces



sintieron que algo caminaba por sus cuerpos. El abuelo se quitó la camisa y vio docenas de culebrillas verdes deslizándose sobre su piel. Los niños comprobaron que ellos también estaban invadidos por los pequeños reptiles de piel fría. Los muchachos se asustaron y comenzaron a gritar. Los perros, espantados, ladraban, y el abuelo intervenía para que todos se calmaran. En medio de la confusión, el viejo y sus nietos tropezaron y cayeron en un pozo de arena que rápido comenzó a tragárselos. Susana Inés y Diego Alejandro se habían aferrado, cada uno, a los brazos del hombre. En unos segundos el barro les llegó hasta la cintura. Los muchachos gritaban pidiendo auxilio. El abuelo les explicó que perdían el tiempo porque nadie los iba a escuchar en ese lugar tan

apartado del mundo. Pero cuando creyeron que iban a morir ahogados, aparecieron los perros. A una orden del abuelo, los dos fornidos animales agarraron entre sus mandíbulas unas lianas que colgaban de un árbol y se lanzaron al barro. El viejo tomó el bejuco con sus dos manos y, con sus nietos sobre sus espaldas, consiguió sortear el peligro. Acto seguido, el abuelo sacó a los perros de las arenas movedizas en medio de los aplausos de los niños. El lugar se había oscurecido totalmente porque la noche salió del escondite que tenía detrás de las montañas.

El abuelo amarró a los perros por el cuello con bejucos para que los animales lo sacaran del misterioso lugar, pues había perdido el frasco con las luciérnagas en las arenas movedizas. De esta manera caminaban por entre la terrible oscuridad cuando, de un momento a otro, el bosque comenzó a brillar. La intensidad de la luz se hizo tan fuerte que al poco tiempo parecía un estadio de fútbol iluminado por potentes reflectores.

—¡Abuelo, mira allá arriba!... ¡Arriba, abuelo!... —gritaron los chicos al unísono.

El viejo alzó la vista sorprendido.

Sobre la copa de los árboles, millones de luciérnagas se desplazaron formando un arco iris monocolor verde-fosforescente. Era un espectáculo comparable, tal vez, con una aurora boreal. Los chicos y el abuelo habían

quedado deslumbrados y los perros hipnotizados, ya que ni siquiera parpadeaban.

No se sabe cuánto tiempo, quizás minutos —o tal vez horas—, los exploradores permanecieron extasiados observando el prodigio de la naturaleza, hasta que el abuelo reaccionó y salió del encantamiento.

—Niños, aprovechemos la luminiscencia para salir de este lugar.

Por un tiempo caminaron a través del recóndito bosquecillo de las luciérnagas hasta que llegaron a un sitio en donde el agua se extendía formando una especie de manto amarillo.

Susana Inés fue la primera en percatarse de la nueva rareza.

—¡Abuelo!... ¡Abuelo!... ¡Mira, un pozo amarillo! —gritó emocionada.

Todos corrieron hacia donde señalaba la niña. Se pararon en una orilla del riachuelo y quedaron fascinados presenciando el nuevo prodigio. Si el anterior acontecimiento los había dejado perplejos, ahora este los podría llevar hasta el éxtasis.

El abuelo entró al agua y metió el brazo hasta el fondo, en donde brillaba el lecho amarillo. Por unos segundos miró la arena que tenía entre sus manos, entonces exclamó:



—¡Niños!... ¡Adivinen qué es esto! —retó el viejo.

—¿Algas?... ¡Musgos?... ¿Hojas secas?... ¿Cristales?...

—¡Oro!... ¡Oro!... ¡Pepitas de oro!... ¡Pepitas de oro!...
vociferaba el hombre y saltaba embriagado de euforia.

Los chicos, plenos de alegría, se lanzaron al agua. Los
perros, creyendo que sus amos los invitaban al juego,
también se metieron al arroyo.

—¡Somos ricos, abuelo!— ¡Ricos!... —exclamaba Diego
Alejandro, con las manos llenas del valioso metal.

Una vez digerida la fuerte emoción del hallazgo, el
abuelo y los chicos se dedicaron a sacar el oro y lo apilaron

sobre una piedra plana que había en la orilla. Diego Alejandro tuvo que quitarse los pantalones para poder empacar el metal. Estaban en esta actividad cuando la luz comenzó a debilitarse. Miraron hacia arriba y comprobaron que las luciérnagas descendían de los árboles y se metían en la tierra. El abuelo, previendo que iban a quedar de nuevo en total oscuridad, echó el oro sobre sus hombros y ordenó huir del lugar. Orientados por los perros salieron a un camino al tiempo que la luz fosforescente se extinguía por completo.

Detrás de las montañas apareció una luna llena que dio claridad a la zona en donde los exploradores, sentados sobre unos leños, se reponían de tantas agitaciones.

El abuelo y los chicos, en la más absoluta mudez, contemplaban el saco con la preciosa carga. Muchos planes surcaron las mentes de los afortunados caminantes. Susana Inés fue quien rompió el mutismo.

—Abuelo: ¿Con este oro podrás pagar al banco la deuda para que no te quiten la granja?

Ante la inusitada pregunta de su nieta, el viejo salió del ensimismamiento. Dejó de mirar el oro, tomó a los muchachos por la cintura y los sentó sobre sus rodillas.

—Niños: Como el río ama al mar, como el pájaro al viento y como la abeja la flor, así los ama este viejo corazón

—dijo con voz entrecortada y bajó la vista porque sintió que los ojos le ardían.

Los chicos reaccionaron y abrazaron con fuerza al abuelo. Así permanecieron por un largo rato.

Una solitaria lágrima diamantina rodó silente por la mejilla del viejo guardabosques. Iba cargada de amor secreto. En ella se reflejó la magnificencia de El Bosque de las Luciérnagas.

FIN

El Bosque de las Luciérnagas

Alfonso Lobo Amaya



Ocaña, Norte de Santander, 1946

Premio Nacional de Literatura Infantil

con la obra *La tortuga desdentada*.

En el VII Concurso ENKA de Literatura

Infantil fue premiada su novela

La Montaña de los Cristales.

El autor está dedicado a escribir

literatura infantil y en su producción

literaria, de más de veinte títulos,

hace énfasis en los valores humanos,

los valores espirituales y el respeto

por el medio ambiente.

Contacto con el autor:

lobitoamaya@hotmail.com